

Extracto de la Memoria “EL PRINCIPIO DE ELECCIÓN” por el Académico Numerario Dr. D. José M^a Orts Aracil leída en la Sesión inaugural del día 29 de noviembre de 1956 en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.

Dentro de unos años -concretamente en 1964 - cumplirá, Dios mediante, esta Real Academia de Ciencias y Artes, los dos siglos de existencia, y si el 150 aniversario de su fundación se conmemoró con actos cuya brillantez atestiguan algunos documentos que se conservan en los archivos de esta Casa, es de esperar que las solemnidades que se organicen con motivo del segundo centenario, superen, o por lo menos, igualen en esplendor, al de aquellas fiestas jubilares.

Pocos son ya, por desgracia, los que sobreviven de cuantos formaban parte de la Academia como miembros numerarios en aquellos lejanos días, y pueden, por tanto, dar fe de modo personal y directo de la magnificencia con que esta Corporación quiso y logró celebrar sus triples bodas de oro; el paso inexorable de los años, fue llevándose unos tras otros los hombres de aquella generación, y según mis datos, son únicamente tres los que en la actualidad permanecen en las filas académicas y quiera Dios que en ellas continúen por mucho tiempo: el Dr. Fontseré, mi querido y venerado Profesor de Mecánica, cuya antigüedad, no superada por ningún otro académico, data de 1909, y es por tanto nuestro Decano, en la justa significación de esa palabra según el Diccionario de la Real Academia Española; el señor Masriera que, con la escasa diferencia de medio año, sigue al Dr. Fontseré en el orden escalafonal académico, y el Dr. Jardí, cuyo ingreso tuvo lugar precisamente en una de aquellas sesiones conmemorativas.

Los documentos a que acabo de aludir, constituyen el volumen especialmente dedicado a la reseña detallada de los actos que entonces se organizaron, y que realizaron con su presencia, representaciones de las más altas jerarquías del país y de las corporaciones científicas nacionales y extranjeras. Se vivían todavía aquellos años tranquilos de comienzos de este siglo, en que el tránsito de fronteras resultaba apenas perceptible, y los campos de Europa no habían conocido aún los horrores de aquella primera guerra internacional a que hubimos de asistir — bien que al margen y de lejos por designio providencial — los que ya vamos para viejos.

Según puede verse en el citado volumen, iniciáronse aquellos actos con unas palabras previas de saludo y bienvenida del Presidente de la Academia - que lo era a la sazón, don José Doménech y Estapá - que a su condición de Académico y Catedrático universitario, unía la de Arquitecto, y a quien como tal, se debe precisamente el proyecto y ejecución de la reforma de la fachada de este edificio, como también - y en colaboración del Dr. Fontseré en su calidad de .Astrónomo - los del Observatorio Fabra, cuyo primer cincuentenario se cumplió recientemente.

Tras aquellas palabras de la Presidencia, aparece en ese mismo volumen una documentadísima Memoria acerca de las actividades de la Academia desde sus orígenes, a cargo de don Agustín Murcia Valerdi, Catedrático que fue de la Facultad de Farmacia, y a quien sin duda recordaran algunos de los aquí presentes, como uno de los más entusiastas defensores de la autonomía universitaria.

Aquel brillante discurso resumen de Murúa, de carácter crítico - histórico sobre la vida y desarrollo de la Academia, tuvo por base — según declara el propio autor en uno de los párrafos iniciales — los datos recopilados por uno de sus antecesores, don José Balari y Jubany, para el discurso inaugural de 1893-94, completados con los que, relativos a tiempos posteriores, fueron recogidos, en parte, por otros dos académicos: don José Ramón de Luanco y don Arturo Bofill y Poch, Secretario que fue de la Corporación durante muchos años. La reseña del Dr. Murúa, quedaba, naturalmente, limitada a los trabajos de los académicos ya fallecidos en aquella fecha, y así lo hacía constar expresamente el autor en uno de los párrafos finales de su discurso, con estas palabras: “En cuanto a los trabajos científicos y artísticos de los académicos que viven, no es este momento de hablar, ya que ni su modestia consentiría el justo elogio, ni la crítica se encuentra en condiciones de desenvolverse libre de prejuicios. Reservemos esta labor a los académicos que hayan de sucedernos.

Pues bien; relejendo estas palabras a poco de haber recibido la comunicación en que se me designaba para cumplir el deber reglamentario que me obliga a elevar mi voz en estos momentos, y recordando la alusión al segundo centenario de la Academia que hiciera nuestro Secretario General, Dr. Torroja, en la Memoria de la Sesión inaugural de uno de los pasados cursos, pensé que tal vez no desentonara en este acto, y a guisa de introducción, recoger en parte la invitación tan explícitamente formulada en el párrafo transcrito, trazando el bosquejo de los trabajos de algunos académicos que pertenecieron a la Sección primera, con vistas al balance mucho más amplio y completo de las actividades científicas y artísticas de la Corporación, que deba efectuarse en su día, con motivo del segundo centenario.

Lo que además, y sin recurrir a precedentes más antiguos, contaba con otros de fechas mucho más recientes: tal el discurso del Dr. Raurich, acerca de la labor de un académico farmacéutico, en la inauguración del año académico 1943-44; el del Dr. Bataller, en 1948, sobre las investigaciones paleontológicas en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, y el ameno trabajo de turno con que el Dr. Font y Quer hubo de cerrar las tareas académicas del curso pasado.

A lo cual venían a sumarse otros motivos para mí de mucho peso, y en primer término, la necesidad — que trataré de justificar seguidamente — de revalorizar la obra científica de los que aquí nos precedieron; con lo que al avivar en algunos de los que me escuchan, el rescoldo de sus recuerdos — y recordar es volver a vivir — tal vez logre diluir un tanto el tecnicismo propio del tema que constituye el núcleo de este discurso, y del que procuraré hacerlos gracia, en buena parte, para aliviar en lo posible vuestra tortura, ya que estos párrafos van a carecer de esa amenidad inherente a las disertaciones de carácter artístico o a las excursiones a través de los espacios siderales.

Y aunque se haya dicho — y no sin cierto fundamento — que las miradas retrospectivas en el orden científico, parecen señalar el momento del ocaso en el plano de la investigación, yo no dudo en afrontar los ataques de esa crítica, no siempre positiva, ante la urgencia con que se presenta la revalorización a que acabo de referirme, a fin de contrarrestar esa furia iconoclasta de la obra de nuestros mayores, que viene observándose en ciertos sectores de la cultura, y a la que ya he de referirme en otra ocasión.

Porque si el culto a los valores tradicionales constituye, como es bien notorio, una de las virtudes de la raza — y de las que puede considerarse arquetipo la figura egregia de don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyo centenario ha tenido lugar precisamente este año —, nunca como en las horas que atravesamos, conviene de vez en cuando volver la vista atrás, para recoger ese demagógico reto al pasado, lanzado no ha mucho tiempo y con dudosa oportunidad, por quien ocupaba un destacado puesto en las esferas intelectuales de nuestra Patria. Reto al que parecen responder cumplidamente, aquellas certeras y vibrantes palabras del gran escritor católico y académico francés Gabriel Marcel, en su discurso con motivo de la inauguración del curso en el Instituto de Francia.

Refiriéndose a las aberraciones que con intensidad creciente vienen dándose en ciertos sectores del arte y de la literatura, se expresa Marcel en estos términos: “Jamás los verdaderos hombres de pensamiento hicieron tabla rasa del tiempo pretérito: partieron de él para luego desarrollar el crecimiento orgánico de las doctrinas filosóficas, políticas o estéticas. El arte actual que lucha contra todo lo que le precedió, es, sin embargo, conformista con una sola cosa: con la aberración. El espectáculo de la historia contemporánea, añade Marcel, es el de un mundo de mediocres. Y los que invocan a la juventud, lo que hacen en el fondo, es adularla de manera vil para captar su adhesión y su aplauso.”

Y las consecuencias de esa adulación, son, como era lógico esperar, esa audacia y ese desprecio de la tradición a que aludiera nuestro malogrado compañero de Academia, Sr. Soldevila Valls, fallecido el curso pasado, en su bellissimo discurso acerca de “Los oficios suntuarios y la crisis artística” cuya riqueza de fondo corre parejas con la elegancia de su prosa límpida, sencilla y llana, al modo que Cervantes aconseja por boca de su andante caballero; audacia y desprecio que, en último análisis, no son más que manifestaciones de esa prisa por alcanzar metas y situaciones, que en otros tiempos, no se lograban sino tras largos años de trabajo y experiencia, y a los cuales hubo de aludir el ilustre publicista José M^a de Sagarra en reciente artículo titulado “Zenón y la juventud”, del que vais a permitir que os transcriba aquí unos párrafos, llenos de aguda ironía:

“Cuando yo estudiaba en la Universidad — dice Sagarra —, nuestros Profesores eran venerables ancianos de luengas barbas, y los catedráticos precoces por su juventud, constituían notables excepciones.”

“Hoy día ocurre lo contrario; conozco una buena cantidad de Profesores universitarios, cuya gran competencia admito, pero cuyo aspecto físico es más de estudiantes que de doctores. Hoy se puede llegar a un altísimo cargo docente sin haber llegado a la mitad del camino de la vida. Esto, cuarenta años atrás, era imposible.”

“En la cosa pública ocurre lo mismo. Se dan en Europa ministros, que antes, por su edad, se les hubiese permitido solamente ser concejales. Yo, frente a estos señores que a los cuarenta años ya lo han logrado todo, me pregunto si al doblar los sesenta no se aburrirán profundamente.”

“La humanidad ha vivido siglos dando una importancia enorme a la experiencia. Hoy día, la sana experiencia que no hay manera de improvisarla porque es obra lenta y constante del tiempo, se considera casi una ñoñez...”

Y a continuación, y después de relatar algunas incidencias de la vida de Zenón el estoico, que comenzó sus enseñanzas filosóficas en uno de los pórticos de Atenas, tras largos años de estudio, agrega: “Sería estúpido criticar estos hechos porque nacen de la fatal biología de nuestro tiempo pero yo no sé si esta prisa en llegar, esta prisa en correr, esta prisa en vivir y en alcanzar lo que sea; esta gran improvisación del hombre y de su paso por el mundo, puede conducir a la perfección y a la selección, o si solamente va a conducirnos a la simple mediocridad...”

Los párrafos transcritos, entre mil que, en análogo sentido podrían aducirse, reflejan el ambiente característico de nuestro tiempo en algunas esferas culturales. Y aunque en el campo científico, y más concretamente en el matemático, el problema no presente caracteres tan agudos, puede, no obstante, observarse también una cierta psicosis criticista o un deliberado olvido de la obra de nuestros antepasados más inmediatos, por parte de las juventudes actuales, con vistas a la supervaloración de la propia, que es causa de ese “narcisismo” que tanto priva en ciertos sectores intelectuales. y ante el cual precisa reaccionar mediante frecuentes miradas retrospectivas y “retornos al pasado”, que pongan de relieve la eficiencia de la obra de nuestros maestros. Y en esa reacción y en ese retorno, estriba precisamente la justificación de que yo inicie el deber reglamentario que hoy me corresponde cumplir con unos párrafos previos dedicados al recuerdo y comentario de los trabajos de aquellos académicos que ya pasaron a mejor vida y que más directamente influyeron en el despertar de mi vocación hacia los estudios matemáticos, a saber: **Don Lauro Clariana Ricart, don Santiago Mundi y Giró y don José Doménech Estapá**. Y esa limitación, en cierto modo natural, de mi glosa a la obra científica académica de aquellos tres Profesores, no supone en modo alguno, mengua del interés y trascendencia de la de otros académicos también fallecidos, y cuyos trabajos datan de los últimos cincuenta años; ella es consecuencia de la necesidad de abreviar lo más posible estos párrafos preliminares y, ¿por qué ocultarlo?, en buena parte también, por la necesidad de soslayar algunos pasajes enojosos, sobre los cuales me hubiese visto obligado, en otro caso, a pasar como sobre ascuas, e incluso a guardar un piadoso silencio¹

Con lo que advertido queda, lo poco ambicioso de mi proyecto que, como es lógico y natural, no alcanza a penetrar en terrenos para mí vedados, como también, y esto precisa subrayarlo en evitación de posibles equívocos, que el examen de los trabajos académicos que a continuación se expone. ha sido efectuado, no a la luz de nuestros días, sino a la de su época. y teniendo en cuenta el ambiente matemático de aquel tiempo. es decir, con la perspectiva a que obliga la lejanía de los años.



¹ Exceptuando la referencia a los trabajos del señor Doménech y Estapá que figura en la Memoria necrológica al mismo dedicada y que fue redactada por el Dr. Fontseré. en las actas en que se da noticia de los fallecimientos de los señores Mundi y Clariana, no aparece la menor alusión a sus trabajos académicos de carácter matemático, lo cual constituye un motivo más que justifica el comentario que les dedicamos en las páginas que siguen, y que si bien es de índole meramente expositiva, ha exigido, como es lógico, la previa lectura de aquellos trabajos, a fin de que la glosa no quedara reducida a una simple relación de títulos de Memorias, a guisa de catálogo.

Cúmpleme por último aludir a los trabajos académicos de don **Lauro Clariana Ricart**, cuya medalla académica hubo de corresponder a nuestro querido y dignísimo Presidente, Dr. D. Isidro Pólit.

Si tan vivos son los recuerdos que conservo de Mundi y de Doménech, todavía están más indeleblemente grabados en mi corazón y en mi memoria, los que guardo de Don Lauro Clariana, a cuyas indicaciones hubo de obedecer la desviación de mi primitiva trayectoria de los estudios universitarios.

Sé muy bien, por propia y triste experiencia, lo que supone la pérdida de un Padre en los primeros años de la infancia, y conozco también lo que significa la muerte del Profesor más querido, en esos momentos decisivos en el orden profesional en que se presentan encrucijadas de varios caminos cuyas metas finales no se vislumbran; instantes en que son más necesarios el apoyo o el consejo de un Maestro en la elección de un sendero, que puede conducirnos al éxito o al fracaso, y cuya alternativa sólo suele decidirse a posteriori, cuando, desde la cúspide de los años, es posible contemplar todo el panorama recorrido, y puede comprobarse toda la verdad de aquel adagio que reza “Dios escribe siempre recto, con renglones a veces torcidos”.

Reflexiones que saltan espontáneas desde las fibras sensibles a los puntos de la pluma, al evocar la memoria de don Lauro, tan destacada para mí entre las de todos los que fueron mis Profesores universitarios, y cuya figura venerable, que recordarán sin duda algunos de los aquí presentes que asistieron a su clase de Cálculo infinitesimal, culminaba en aquella noble cabeza de artista que tan bien rimaba con su pasión por la música a que antes he aludido y que le condujo a ser un verdadero virtuoso del violín.

¡Cuántas veces después de haber sido alumno suyo y con motivo de llevarle a su domicilio las pruebas corregidas de alguno de sus trabajos tuve ocasión de escuchar — (sin que él, naturalmente, lo supiera) — su magistral interpretación de alguna fuga de Bach! Yo estoy seguro de que entre un estudio de Mozart o un capítulo sobre las integrales abelianas², su elección se hubiese decidido, sin titubeos, a favor del primero.

Al igual que en el caso de Mundi, ignoro cuál fue el tema tratado por Clariana en su discurso de ingreso en la Academia³, ya que en el primer número del Boletín de la misma, que data de 1892, aparece ya incluido Clariana entre los miembros numerarios, y en ese mismo número se inserta un trabajo suyo acerca de la “Generalización de los polinomios de Legendre”, que es el primero que de él consta en el catálogo de publicaciones. Sin embargo, entre los folletos y opúsculos de don Lauro, que conservo entre mis papeles, figura la Memoria o discurso inaugural del año académico 1888-1889, publicado, no por la Academia, sino a expensas de un grupo de amigos y alumnos del señor Clariana, entre los que figuraba el Dr. Fontseré, quien tal vez pudiera explicarnos la razón de esa anomalía.

A tono con la finalidad del acto a que respondía, aquella Memoria titulada “Importancia de las funciones en general”, es de carácter esencialmente expositivo, y contiene una síntesis de los puntos principales que se destacan en el desarrollo de la teoría de funciones, durante los siglos XVIII y XIX. A este discurso sigue en orden cronológico, el trabajo, ya citado, sobre los polinomios de Legendre, que si bien de tipo formal — (téngase en cuenta que las cuestiones de convergencia no eran motivo de preferente atención en aquella época) —, constituye uno de los primeros esbozos de las varias extensiones a que han dado origen tales polinomios, a partir de las correspondientes funciones generatrices, y en particular las estudiadas por Pincherle, Humbert y Gegenbauer, y que sirvieron precisamente como punto de partida en el tema desarrollado por el Profesor de la Facultad de Ciencias, don Lorenzo Ferrer, en su tesis de Doctorado.

² Para cuanto concierne a la actuación de don Lauro Clariana como Profesor universitario. véase la nota publicada a raíz de su fallecimiento en la Revista de la Sociedad Matemática Española (tomo VI, año 1917, pág. 58), en la cual aparece la lista de sus trabajos científicos.

³ El ingreso del Sr. Clariana en la Academia, tuvo lugar en 1882, y su discurso responde al siguiente título: “Varias consideraciones filosófico matemáticas con relación a la vida de los centros infinitos”. Este dato, al igual que el que figura en la nota (4), lo debemos a la amabilidad del Académico, Sr. Bataller.

Un año después en 1893 — presenta Clariana, una Memoria de índole asimismo expositiva acerca de Euler y sus obras”, en la que reseña los rasgos biográficos y la ingente labor científica de aquel coloso del siglo XVIII a quien se considera el matemático más prolífico, habiendo merecido por ello el sobrenombre de “La encarnación del análisis.

Ese mismo carácter, tiene también el discurso leído en la sesión inaugural del año académico 1899-1900, titulado “Breve estudio crítico acerca de la matemática en el siglo XIX, que viene a ser prolongación y complemento del mencionado en primer término, con interesantes consideraciones acerca del postulado de Euclides, que reflejan una vez más, la posición del autor en la controversia académica, tan reiteradamente aludida, en torno al infinito matemático.

De índole más técnica, son las tres Memorias que figuran a continuación en el catálogo de publicaciones de la Academia: la primera, de 1902, sobre Aplicación de la cantidad indefinidamente grande a las funciones elípticas’, donde deduce las fórmulas que relacionan entre sí las tres funciones elípticas clásicas fundamentales, cuando el argumento o variable se aumenta en un semiperíodo, a partir de las correspondientes a la adición y argumentos, así como las que enlazan las funciones de Jacobi cuando la variable independiente se hace tender a infinito: la segunda, de 1904, en la que pone de relieve la “Importancia de ciertas funciones para obtener directa y fácilmente muchas integrales de aplicación a la Mecánica racional”, entre las cuales figuran las que se presentan en el estudio de ciertos casos del movimiento de un cuerpo pesado; pequeñas oscilaciones del péndulo; centros de gravedad de áreas y volúmenes; atracción de masas (le forma especial, etc., etc. y la tercera, de 1909, en la que siguiendo a Hermite y Jordán expone los principios en que se basa el análisis de las curvas algebraicas del género cero, haciendo ver la importancia de las mismas, tanto en orden a sus singularidades, cuanto a sus aplicaciones a la integración de funciones racionales, ligadas a una curva unicursal, de tercero y cuarto orden, y cuyos ejemplos más sencillos son los foliums de Descartes.

El último trabajo del Sr. Clariana “Rápida excursión a las altas regiones del Análisis matemático”, presentado en la sesión de 24 de abril de 1913, constituye una breve síntesis de los capítulos centrales de la teoría de funciones en aquella época — con especial mención de las funciones doblemente periódicas, y en particular las elípticas —, como también de las ecuaciones diferenciales, con algunas consideraciones acerca de las funciones armónicas, teoría del potencial y problema de Dirichlet.

Aparte los trabajos que, a grandes rasgos, acabamos de reseñar, don Lauro Clariana contribuyó también a las actividades académicas con diversos cursos de conferencias sobre “Matemáticas aplicadas a la Astronomía”; “Introducción a la teoría general de funciones según las ideas de Cauchy”; Funciones elípticas” ; Integrales curvilíneas” etc., completando de este modo, en el seno de la Academia, el programa de su curso de la Facultad de Ciencias, sobre “Elementos de cálculo diferencial e integral”, dentro del que no podían tener cabida los indicados temas.

Prescindiendo de la glosa y comentario de otros trabajos matemáticos que aparecen incluidos en el Catálogo de publicaciones de la Academia, y cuyas fechas pertenecen al último medio siglo, la reseña que precede, hace patente, que una de las principales direcciones en que hubieron de polarizarse los estudios académicos de la Sección primera en los años finales de la pasada centuria y primeros de la presente, fue la cuestión del infinito matemático, tema que como es bien sabido ha sido fuente de continuas polémicas desde tiempos de Aristóteles y que se intensifican a partir del siglo XVII a raíz de la controversia entre Newton y Leibnitz acrecentadas por las que hubieron de suscitarse a mediados del XVIII, en Francia e Inglaterra, a poco de aparecer el “Analyse des infiniment petits pour l’intelligence des lignes courbes”, del Marqués de L’Hopital, y los “Eléments de la Géométrie de L’Infini”, de Fontenelle⁴ quien admite no sólo aquellas magnitudes que pueden llegar a ser o devenir infinitas, es decir, el infinito potencial o como límite, según la doctrina aristotélica, sino también aquellas otras que son “de facto” infinitas, esto es, el infinito actual, llegando incluso a establecer — bien que los razonamientos carezcan muchas veces de rigor —, las operaciones con infinitos de diversos órdenes, con lo que en cierto modo, puede considerarse a Fontenelle como un precursor de Cantor

Pues bien; los debates entre nuestros académicos, a los que acabamos de aludir, son, a nuestro entender, eco de aquellas antiguas polémicas, que llegaron a nuestras latitudes a través de la frontera, o mejor *barrera* de los Pirineos con la Historia de la Matemática de Montucla; reflejo que, no obstante, presenta características propias, tanto por su tono geométrico, en el que se observa también la influencia de las ideas de Desargues y de Poncelet, cuanto por sus conexiones con el tema de las geometrías no euclidianas

Según se desprende del examen de los trabajos académicos en que se manifiestan las divergencias entre Mundi por una parte, y Doménech y Clariana por otra, acerca de la cuestión del infinito⁵, la discrepancia radica fundamentalmente, en el distinto alcance que para unos y otros debe darse Geometría a los elementos del infinito, denominación inadecuada en opinión de algunos autores y que es causa de que se confundan ciertas propiedades cualitativas con otras de carácter cuantitativo. Y así, mientras Mundi siguiendo a Fontenelle, admite el infinito actual y considera que los enunciados y propiedades aplicables a cada uno de los elementos de una sucesión de entes o figuras geométricas que dependen de elementos o parámetros susceptibles de tomar valores tan grandes como se quiera, son asimismo válidas para el elemento límite de aquella sucesión, es decir, para el que corresponde al valor infinito del parámetro, Doménech y Clariana, fieles a las ideas de Maclaurin, consideran el infinito — (o indefinido, según la denominación por ellos adoptada) — como algo inaccesible, y no admiten la validez a priori de las conclusiones que se deducen por extrapolación o paso al límite, lo cual conduce, a su juicio, a paradojas y absurdos inadmisibles.

Y si bien es cierto que esta posición mantenida en términos radicales puede implicar a un principio de limitación, igualmente rechazable, está en cierto modo justificada por el hecho de que existen propiedades de carácter aritmético, geométrico o funcional, que no se conservan en el paso al límite; y de aquí nace precisamente una de las cuestiones centrales dentro del terreno del Análisis: la determinación de las condiciones mínimas que permiten afirmar la invertibilidad de una determinada operación o propiedad con el paso al límite, problema que, en el caso concreto de la integración, dio origen precisamente a una de las más importantes teorías: la de las funciones denominadas de Baire, cuya construcción se fundamenta sobre la de los números transfinitos, que han dado origen a interesantes polémicas que, en cierto modo, recuerdan las que hubieron de suscitarse entre Clariana, Mundi y Doménech, en una época en que todavía se encontraba en sus albores la teoría de conjuntos,

⁴ La segunda edición de la obra de Fontenelle, de la que existe en el Seminario Matemático un ejemplar procedente de la Biblioteca de don Lauro Clariana, data de 1727..

⁵ El resumen de las polémicas entre Mundi, Doménech y Clariana, consta en el Acta de la sesión del 25 de noviembre de 1899 (Boletín T. 1., Págs. 563-566). Hay que hacer notar, que a esos debates contribuyeron, también, los trabajos antes citados del Académico don Luis Canalda sobre Geometría cinemática, y en particular la Memoria “El infinito matemático en la cadena cinemática cilíndrica”, cuyas conclusiones impugnó Doménech en su trabajo “Los mecanismos no pueden oponerse a las verdades matemáticas. También hay que recordar que no fueron los Académicos ya mencionados, los únicos que sintieron el atractivo del infinito. En el Catálogo de publicaciones figura otra Memoria titulada simplemente Del infinito, del Académico don Luis Rouviere, bien que su contenido y alcance no sean genuinamente matemático.

y, por tanto, no había llegado a nuestra patria el eco de las ideas de Cantor; circunstancia ésta, que merece destacarse, por cuanto permite afirmar la independencia e incluso, en ciertos aspectos, la prioridad de aquellas controversias entre nuestros académicos, respecto a las que años más tarde hubieron de entablarse entre los más eminentes matemáticos.

Permitidme, sin embargo, todavía, dos palabras que cierren el ciclo de la idea inicial de mi trabajo.

Es un hecho comprobado por la experiencia, que el sentido peyorativo con que suele enjuiciarse la obra de nuestros antecesores, va con frecuencia ligado — como ya indiqué al principio —, a una supervaloración de la propia y personal. Y si ello constituye uno de tantos aspectos de las humanas vanidades, que suelen darse en ciertas esferas intelectuales, no lo es menos ese afán — a veces disimulado — que puede observarse en algunas figuras preeminentes en el campo de la cultura, de que su nombre quede vinculado a la posteridad. Afán de la gloria póstuma que, acaso responda a la necesidad de llenar un vacío espiritual, en orden a las creencias en la vida ultraterrena.

Yo tengo la convicción moral — adquirida desde hace ya algunos años — y reafirmada en la reciente lectura de sus trabajos académicos, que ninguno de aquellos tres Profesores, Doménech, Mundi y Clariana, alimentaron jamás esos complejos; se limitaron sencillamente y en esta sencillez radica precisamente su mayor mérito — al cumplimiento de sus deberes, sin la menor preocupación por el juicio que su actuación pudiera merecer a sus sucesores. No obstante, y por las razones en un principio aducidas, he querido trazaros aquí un esbozo de su labor académica, como homenaje póstumo a su memoria, demostrando que, no obstante, esa indiferencia hacia el pasado, que domina a las nuevas generaciones, conservan plena validez aquellas palabras que Cauchy dirigiera en su lecho de muerte al Arzobispo de París: “*Los hombres pasan, pero sus obras quedan*”.

